

SUMARIO

TEXTO:—*La mujer. Cartas á un amigo*, por Antonio de P. Moreno.—*La niña y la muñeca*, por Antonio García Llansó.—*La noche*, por Marcelline Serra y Puente.—*Lectura de «Os lusitana» á orillas del Tajo*, por Emilia Pardo Bazán.—*La fuente y la mariposa*, por José Echegaray.—*A una niña*, por Ramón H. Iriarte.—*Miel y Calabaza*, por Antonio Escarlón.—*El poeta en el siglo XIX*, por Manuel Reina.—*Limites de la razón*, por Constantino Lombart.—*La vida en sociedad*, por La Baronesa de Olivares.—*Crónicas olvidadas del Madrid viejo* (conclusión), por Josefa Pujol de Collado.—*Variedades: Joyashistoricas. La rosa de la Mitología. Pensamientos de personas célebres.*—*Explicación de las ilustraciones.*—*Anuncios.*

ILUSTRACIONES:—Retrato de S. M. I. María Victoria.—Retrato de Guillermo Penn.—Los príncipes, hijos de Eduardo, en la torre de Londres.—Regreso del hijo pródigo á su hogar.

Número 10 de *La Crónica*, regalo á los suscritores de *El Album de la Mujer*.

LA MUJER.

CARTAS Á UN AMIGO.

Querido Elizalde:

EMIEZO mi presente carta copiándote en seguida un bello trozo de Mme. de Mercey, acerca de la joven esposa, y cuyo asunto nos dará materia para que apreciemos la situación de la mujer al pasar de la vida de soltera á la vida del matrimonio.

Escuchemos á la ilustre escritora.

«Estamos todavía y siempre en el momento de las ilusiones. Nunca se muestra el mundo más lisonjero, nunca parece más fácil y más bella la independencia, jamás es más completa la seducción que en los primeros días de un enlace contraído, muchas veces sin reflexionar, por una mujer joven de edad, al mismo tiempo que de pensamientos y experiencias juveniles, la cual atraviesa este momento espumoso y difícil, sin sentir sus punzas, que se ha tenido cuidado de ocultar, bajo un cúmulo de placeres y alabanzas, y ella no se cuida de quitar la máscara para descubrir el austero semblante de los nuevos deberes que acepta, ó la triste imagen de los nuevos dolores que le esperan. Dejando aparte una emoción pasajera é instintiva, sólo experimenta agradables impresiones. Es el alma y la causa de todas las fiestas, al paso que el objeto de todas las conversaciones y de las críticas de todos; pero en la buena fe de su delirio no sospecha, las últimas, le parece que siempre ha de ser así; es tan brillante el sol de los primeros días, que no ve nube alguna en el cielo, y se cree haber llegado á ese edén lleno de frutos y de flores, donde sólo fluyen rios de alegría. Puede decirse aquí especialmente: *la imaginación sólo ve brillo y honor, donde la razón y la religión sólo ven deberes.* Es más dulce verdaderamente escuchar á la primera, pero es infinitamente más seguro referirse á las segundas.

«¡Ah! si yo no fuera cristiana, si no supiese los efectos deplorables de esas ilusiones, diría: no las destruyamos; esos encantadores torrentes se agrandarán siempre sobrado pronto, con lluvias de lágrimas y padecimientos. Pero la verdad es la esencia de la Religión: la Religión llena de promesas para la vida presente, así como para la futura, es el elemento obligado de la verdadera felicidad; pretender conservar las ilusiones para ser feliz, sería coronarlas todas con la más completa y tosca ilusión.

«La exageración en una cabeza femenil, lleva fácilmente del país de la verdad al de las quimeras. Y la imaginación, ese pájaro veloz y vagabundo, que revolotea deliciosamente de la una á la otra, llega al principio á confundir enteramente estos dos países, y termina muchas veces fijándose en lo segundo, siempre más risueño y fascinador.»

No te quejarás del bello cuadro que presenta uno de los períodos más interesantes en la vida de la mujer, y que tan bien ha sabido pintar la escritora citada.

En efecto, la mujer, al penetrar por la primera vez al encantado paraíso que su ardiente imaginación le ha hecho soñar, en todo piensa menos en que puede ó va á ser desgraciada. ¿No es dueña absoluta del hombre á quien ha dado su mano y su corazón? ¿no le ha pintado éste con elocuentes palabras los gozos del hogar, los placeres que van á estar á su alcance, las alegrías de que va á estar siempre rodeada, y el amor constante y ardoroso que siente por ella? ¿qué más puede ambicionar, si va á tener todo lo que necesita para ser di-

chosa? ¿Y sabes por qué lo cree así? porque siempre domina en ella el *afán de agradar y ser lisonjeada*, y estas circunstancias, que son las bases sobre que descansa la vanidad femenina, la obligan á no dudar de las venturas que le aguarda lo porvenir. Qué quieres, amigo mio, la naturaleza humana es así, sus defectos y sus cualidades se equilibran, y sólo se necesita que uno mismo sostenga, hasta donde es posible, en su punto céntrico, el fiel de esa balanza.

Sin embargo de que los seres de uno y otro sexo poseen la vanidad en alto grado, hay que convenir en que está más desarrollada en la mujer, y forma casi su principal fisonomía moral («*Gay, El corazón humano.*») Este mismo autor, hablando acerca de la vanidad, dice: «¡Quién hay que la desconozca! «Por esto las mujeres son más suaves, más complacientes, más amables que «nosotros; por esto ponen tan singular cuidado y predilección en el adorno de «su persona, en sus maneras y más imperceptibles movimientos, en sus gestulaciones, en su mirar, en su frase, y en el modo de modularla; de ahí «tanto artificio para atraer la atención, para hacer duraderas é inextinguibles «las ilusiones de los esposos y los amantes, para ocultar sus defectos físicos y «morales, para mantener y realzar sus gracias; de ahí tanto escozor cuando «éstas empiezan á extinguirse, y tanta solicitud para simularlas; de ahí tanta «envidia y tanto odio contra las otras mujeres que las eclipsan y sobrepujan «en belleza, elegancia, cultura ó donaire; tanta ira por el que las increpa fealdad ó falta de mérito; de ahí sus agudas y diabólicas venganzas contra quien «las ofende ó menosprecia; de ahí sus arrebatados celos cuando se consideran «prostergadas. La vanidad, finalmente, en el mayor grado de pasión, conduce «á los más funestos extravíos.» En verdad la mujer es así.

Ya ves cuán justo soy al señalar los defectos del mismo sexo á quien consagro mis defensas; pero por censurable que sea su conducta, preciso es que siendo la parte más débil, á la vez que la más interesante de la sociedad, merezca nuestra consideración. No me negarás que la mujer verdaderamente educada y religiosa, es la que menos defectos tiene ó la que más los sabe dominar, y en este caso no por vanidad sino por deber. Convencidos de esto, debíamos hacer que todas nuestras tendencias se encaminasen á que la mujer poseyera en alto grado las dos cualidades antes dichas. Pero es precisamente en lo que menos nos ocupamos y se ocupan las sociedades y las familias. ¿Por qué razón? Lo digo otra vez, y lo repetiré siempre: por la libertad de costumbres á que da lugar la mal entendida civilización de nuestros días, las tendencias á resucitar entre nosotros todas las licencias del paganismo.

Pero me he separado sin querer de mi objeto principal al citarte las apreciaciones de Mme. de Mercey acerca de la joven esposa; vuelvo sobre mis pasos, y voy á tratar de hacer algunas aplicaciones prácticas de tan bellos pensamientos.

Sea cual fuere el móvil que impulsa á la mujer al matrimonio, rara es la que no ve en aquel estado la realización de todos sus sueños; y rara también la que no llama á las puertas del edén soñado, con el corazón lleno de esperanzas y la mente poblada de ideas color de rosa.

Si sólo el amor es quien la ha conducido al lado del hombre, adueñado de su alma, sus pensamientos en los primeros días de la luna de miel estarán en la más perfecta armonía con todo aquello de que se ve rodeada, y entonces creará que el idilio es interminable, pues su esposo la colma de atenciones, la mimó, la promete una fidelidad á toda prueba, y la convierte en reina del hogar, pobre ó rico, que ha podido proporcionarle.

Si ha hecho un matrimonio de conveniencia, surgirán á su vista las fiestas en que va á brillar; los viajes que su esposo le ha prometido, la envidiable posición que va á tener, y la atmósfera de alegría y placeres en que va á verse envuelta.

Si, por último, ha hecho un matrimonio sólo por no quedarse, como vulgarmente se dice, *para vestir santos*, como de antemano habrá sabido cautivar el ánimo de su compañero, se forjará también la hermosa ilusión de que su natural coquetería, esa arma que las mujeres esgrimen con tanta destreza, la hará dueña de la situación que se ha creado.

Así, pues, podemos asegurar que la mujer entra soñando á la vida del matrimonio. ¡Qué desgracia, amigo mio, que estos sueños tengan las más veces un triste despertar!

Yo he sido en innumerables ocasiones espectador de esos dramas del hogar, cuando ambos esposos han despertado, y la verdad es, que no obstante mi carácter observador, y la circunstancia de haber seguido paso á paso el curso de los acontecimientos, me he encontrado perplejo para decidir quién ha sido el culpable de los funestos resultados que han pasado á mi vista.

La mujer es más soñadora. El hombre más práctico. Ella, que todo lo poetiza, no puede comprender que el hombre, pasado algún tiempo, no sea ya el rendido amante de otros días, y la deje en cierto abandono, para buscar algo